

Renato Hasche, S. J.

Profesor de la Facultad de Teología, U. C.

CUESTIONES UNIVERSITARIAS: PLANTEOS SOBRE CATOLICIDAD

EN EL PROCESO de reforma, la Universidad Católica de Chile entró hace tiempo en un ritmo de trabajo constructivo y sereno y ya se han cosechado frutos considerables de este esfuerzo común de profesores, estudiantes, autoridades universitarias y personal administrativo y laboral. Este mismo clima de tranquilidad gestadora es propicio para reflexionar acerca de un interrogante muy de fondo, que no quisiéramos llamar "problema", ya que en ningún momento se ha presentado como algo crítico. Nos referimos al tema de la "catolicidad" de nuestra Institución.

Si bien ya desde un comienzo hubo gran ecuanimidad para afrontar las tareas de reestructuración académica y administrativas, sin que con ello se lesionara algo que era respetado por todos, la inspiración católica, sin embargo, el interrogante no planteado en el orden práctico ha quedado esperando respuesta en el orden teórico. Y allí es tanto más difícil abordarlo cuanto se trata de reformular el concepto de catolicidad a la luz de nuevas realidades: la nueva universidad y la nueva Eclesiología; tarea por lo demás apasionante.

Muchos temen abordar el tema porque sobre la mesa de discusión penan fantasmas que intranquilizan la reflexión. Por una parte está el temor al dogmatismo, con todos los armónicos negativos que este término tiene para muchos. Otros tratan a toda costa de prevenir la politización, ya que temen el secuestro ideológico de cátedras y publicaciones, el entorpecimiento de la labor académica, la instalación inamovible de grupos dominantes exclusivos. Otro fantasma es el de la posible violencia ejercida por regímenes de fuerza o por el brazo policial, con las correspondientes represiones ideológicas o persecuciones a individuos. Finalmente está la supuesta anarquía en que pudiera caer la universidad al no estar todo perfectamente reglamentado y jurídicamente formulado. Estos temores, que toda reflexión acerca de la universidad en el mundo actual debe mirar de frente, no tienen por qué inhibir el análisis sereno del tema que nos interesa. Al contrario, una seria reflexión acerca de la uni-

versidad y de la catolicidad debe conjurar tales fantasmas. El nuevo concepto de universidad católica no puede nacer de una postura negativa, prejuiciada o beligerante, sino de un deseo constructivo que hace justicia a todo y que se basa no en prevenciones sino en los imperativos que dictan la Verdad, la vocación individual, la coyuntura histórica y la sociedad en que está insertada la vida académica.

Si ese deseo y esas disposiciones no existen en la comunidad viva, si todo es una lucha por el poder, no respetando esas condiciones básicas de convivencia universitaria, las formulaciones jurídicas, las definiciones abstractas o los moldes disciplinarios poco pueden resistir. Nuestra Universidad ha dado muestras abundantes de que esa voluntad existe, ya que ha podido funcionar con paso seguro y armónico mientras se iban haciendo profundas transformaciones. Aun las dificultades suscitadas tiempo atrás, que llevaron a la renuncia y reelección del Rector, han demostrado cómo la Universidad gozaba de una estabilidad interna que no fue afectada por un proceso que en otras circunstancias podría haberla puesto en peligro.

El tema de la catolicidad es difícil hoy porque supone tener ideas acabadas acerca de cómo se entiende la Iglesia a sí misma después del Vaticano II, cómo se entiende la universidad y hacia dónde va la sociedad actual. Son tres incógnitas no despejadas aún en forma exhaustiva.

Por lo demás, el concepto de universidad es análogo. Hay en él un elemento permanente y que justifica la denominación de institutos afines a lo largo de los siglos y en las diversas naciones. Pero hay además algo que cambia, que pide cada vez una formulación nueva de acuerdo al despliegue de las ciencias, a los logros en los métodos de enseñanza, a la evolución de las sociedades o culturas en las que vive y a las cuales sirve.

En tiempos remotos el concepto de universidad "católica" hubiera sido un pleonismo. El gremio de profesores y estudiantes que se daba el nombre de "universitas" era espontáneamente católico, por lo que no era necesario expresarlo. Más tarde la filosofía y las ciencias se desligaron de la teología y, por razones históricas sabidas, llegaron a tomar posiciones antagónicas. El deseo de restablecer la unidad de fe y ciencia hizo surgir las universidades católicas, en actitud también polémica, como una defensa o desafío a la universidad laica, hostil a la teología y a la fe. En muchos casos también, la universidad católica tuvo una función misionera como punto de irradiación del pensamiento católico en regiones no evangelizadas.

Nuestro mundo ha cambiado. Hemos entrado en un nuevo estilo de convivencia ideológica tanto por razones prácticas en atención al pluralismo, como por razones de más profundidad, como es la libertad de conciencia. En este contexto las instituciones heredadas deben seguir dando sus frutos, pero de acuerdo a los nuevos criterios que rigen el mundo de hoy. La Iglesia pasó por la experiencia rejuvenecedora y vigorizante del Vaticano II y la universidad ha pasado por la reforma de la década del sesenta. En el esfuerzo de reencontro de ambas surgen dificultades que en muchas instancias provienen de una visión sólo epidérmica de las cosas. En este artículo hemos recogido algunas de esas dificultades, que quisiéramos examinar no con ánimo polémico ni con pretensiones de agotar el tema, sino más bien con el fin de hacer un poco de luz y estimular el diálogo constructivo sobre esta materia.

Las dificultades podrían reducirse a cuatro grupos: las derivadas del concepto moderno de comunidad universitaria (1-6), las derivadas del concepto

de Iglesia (7-12), las que plantea el pluralismo actual (13-17) y las dificultades epistemológicas en la relación teología y ciencias (18-20).

1. **"La comunidad universitaria es el último sujeto de derecho, luego no puede haber una autoridad extra-universitaria sobre ella".**

Se puede decir que esta convicción es una de las principales conquistas de la universidad moderna y que debe ser apreciada en toda su plenitud. Ahora bien, ¿por qué la universidad insiste tanto en este principio? En primer término, porque ella sirve primariamente a la verdad, hacia la cual todo ser humano por vocación ontológica está abierto y en cuyo camino nadie tiene derecho a interferir. En segundo término, por una situación histórica: en occidente se ha impuesto el concepto jeffersoniano de democracia, según el cual todos los hombres son iguales ante la ley y poseen los mismos derechos. Tal concepto ha entrado en la médula de la universidad. Pero esto que parece tan simple y evidente, en la práctica es muy complejo y es importante desglosar estos conceptos en servicio precisamente de la verdad y de la justicia.

A nivel educacional, la apertura del ser humano a la verdad se descompone en dos derechos: el del profesor y el del alumno, ejercidos en forma referencial. El fundamento primario del derecho académico, en rigor, no es ni del estado (éste sólo reconoce un derecho, **autoriza** eventualmente su ejercicios y dispone los medios para la educación de la sociedad), ni la misma universidad, que no puede conferir arbitrariamente un grado o título sino en virtud de lo que realmente es el fundamento del derecho académico: la ciencia del profesor, acreditada ulteriormente por la universidad y reconocida eventualmente por el estado.

A este derecho corresponde, como decíamos, el del alumno a recibir una formación de acuerdo a sus capacidades e inclinaciones, en consonancia con la sociedad de que forma parte. La universidad es por consiguiente una forma de institucionalización de estos dos derechos, en cuyo servicio crea los organismos necesarios que garanticen su estabilidad y progreso.

Ahora bien, el derecho hay que concebirlo como un derecho **a algo** pero también **al servicio de algo o de alguien**, ya que la persona humana se define en relación a lo demás. Por eso el derecho implica necesariamente una responsabilidad y una obligación, un ser requerido para algo con todo el potencial de la propia capacitación. Apliquemos esto a la universidad. Como en ella las responsabilidades y obligaciones no son iguales para todos, los derechos —correlativos a las obligaciones— no pueden estar distribuidos en forma pareja. Democracia, por lo tanto, no es **isonomía** (igualdad de mando), como tampoco lo es en el estado democrático, en el que los ciudadanos pueden ejercer sus derechos en forma muy delimitada a través del voto emitido ocasionalmente. Los derechos del simple ciudadano, en forma aislada, no pueden contener, por así decir, una fracción del derecho de un ministro de estado o de un jefe militar si bien los tres forman parte de una misma sociedad.

Lo mismo sucede en la universidad. Las obligaciones de un académico son mucho mayores que las de un alumno que entra por primera vez. Supone una carrera académica con calificaciones destacadas, supone publicaciones, concursos y un esfuerzo constante de renovación. No se pueden comparar

los requisitos de un profesor de psiquiatría, que incluyen las dos carreras de medicina y psiquiatría propiamente dicha, con la simple prueba de aptitud académica de un "novato". Para una universidad es mucho más vital un catedrático calificado, un bibliotecario competente, un director de televisión, que un simple nombre en la lista de admisión. Esto no dice nada en contra del inmenso potencial humano y académico que puede haber en un simple postulante a la universidad, pero allí está precisamente la diferencia: que todavía es mero potencial. Si se considera además la proporción entre ingresados y egresados en un séptimo año de carrera, los últimos alcanzan apenas al 1,25% de los primeros. Esto revela la gran diferenciación que hay entre las obligaciones asumidas y los compromisos académicos y vitales cerrados con la universidad por parte de sus miembros. Una valoración puramente numérica de los derechos individuales no hace justicia a esos valores humanos de dedicación y responsabilidad y capacitación consagrados a la vida universitaria. Es muy difícil en la práctica dar una expresión jurídica a estos otros valores más cualitativos que numéricos de la democracia. De hecho, sin embargo, por una especie de selección natural, esos valores se van imponiendo a la larga y tienen su gravitación en la vida de la institución. Sería nocivo desconocerlo y reducir la democracia universitaria exclusivamente a la "voz de las urnas".

De todo esto podemos concluir que cuando se habla de la comunidad como último sujeto de derecho, hay que entenderla en forma **cumulativa** y no por simple adición numérica de derechos iguales. Si no fuera así, ¿por qué hay "campañas", "protestas", "concientizaciones", "orientaciones", "grupos de presión", etc. en toda vida universitaria? Es por que se reconoce que hay factores gravitacionales como "prestigio", "autoridad moral", "simpatía", "experiencia", etc. unos positivos, otros negativos, que determinan las fluctuaciones internas de la universidad antes y por encima de los cómputos electorales o plebiscitos. Una visión más profunda de la democracia debería destacar estos elementos y tomarlos suficientemente en cuenta, de manera que no la redujera al simple mecanismo de opción esporádica que tiene un grupo humano altamente diferenciado en sus funciones, responsabilidades y aportes.

Además de esto hay que considerar hasta dónde se extiende de facto la comunidad universitaria. En la línea actual de nuestra universidad se va hacia una "ética de trabajo", concepto interesante que espera aún una elaboración teórica mayor. Como en todo organismo vivo, hay un trabajo esencial que define la institución misma. Hay otros de diversa índole pero necesariamente conexos con el primero y otros sustituibles, temporarios, pero que no especifican ni sostienen el trabajo esencial. En la universidad el trabajo esencial es la docencia e investigación en mutua referencia. Esta labor no puede darse si no está sustentada por otras actividades que le aseguran su estabilidad física, económica o jurídica. Son por lo tanto "trabajadores" en el quehacer académico todos los que cubren la vasta gama de actividades que absorbe la universidad desde el barrido hasta la más alta planificación financiera o académica.

Dado que una universidad católica incluye como elemento substancial la inspiración evangélica de su **ethos** universitario, la presencia del obispo, cabeza visible de la comunidad cristiana, es requerida por la misma naturaleza de una comunidad universitaria que como tal desea ser cristiana. Por consiguiente no se puede hablar en rigor de una autoridad **extra-universitaria**, refirién-

dose al papel del obispo en la universidad, máxime en los conceptos actuales de la Ecclesiología. Su labor inspiradora, su función de instancia superior en conflictos internos que rebasan los marcos puramente jurídicos, su función moderadora y orientadora en la línea del Evangelio, especialmente a través de la Facultad de Teología, unidad clave en una universidad católica; todo eso es un trabajo eminentemente **intra-universitario**.

Considerar la participación del obispo en la comunidad universitaria como algo incompatible con el concepto de autonomía, además de reflejar una visión predominantemente jurídica de la función episcopal, superada hace tiempo, acusa también una cierta simplicidad en el enfoque real de esa autonomía.

La autonomía universitaria, que propiciamos y defendemos a toda costa, tiene límites reales. La universidad no es una institución que pueda vivir desligada del contexto nacional. Aún más, es parte de ese contexto mismo que posee un sistema jurídico que penetra en el seno mismo de la vida universitaria: leyes de trabajo, previsión social, impuestos, derechos de propiedad, aportes financieros, porcentajes de ingreso de la producción, legislación penal, etc.

Por otra parte, la universidad, en cuanto conciencia crítica de la sociedad, es necesariamente una caja de resonancia de los problemas nacionales y continentales y esa resonancia no es meramente teórica, sino que incide en la acción misma universitaria (programas de verano, concursos artísticos, temas de investigación, predomios políticos entre profesores y estudiantes, etc.). Así es como gravitan sobre la universidad en forma muy determinante muchísimos factores "extra-universitarios", de modo que es un poco ingenuo argüir con la autonomía, cuando un grupo —en virtud del derecho de libre asociación— ha decidido constituir una entidad de inspiración cristiana.

Es cierto que hay grupos que propician en nombre de la autonomía una independencia política en la vida universitaria. Tienen derecho para hacerlo y muchas razones de orden práctico parecerían favorecer el que la universidad no tuviera cabida más que la alta política, sin que interviniera la lucha partidista. Pero ¿dónde está el límite entre ambas? ¿Con qué medios contaría la universidad para prevenir esa intromisión? Aun cuando los tuviera, la dinámica del estudiantado rompería esos marcos. Si hay grupos que propugnan la prescindencia política partidista, no tienen a su favor más que el eventual voto mayoritario. Por lo demás una cierta dosis de política dentro de la vida universitaria es saludable y estimulante, mientras no entorpezca las actividades esenciales de la vida académica y no se lesione el derecho a disentir. La edad psicológica del estudiantado lo requiere, en cuanto que coincide con el ingreso serio del joven a la vida nacional. Ahora bien, los grupos "alineados" políticamente dentro de la universidad, por su inspiración o por sus directivas de acción, ¿no significan también una limitación de la "autonomía" universitaria?

Además hay que considerar que la universidad, sobre todo en países latinoamericanos, está de facto imbricada con la vida nacional. Con frecuencia miembros del claustro profesoral son figuras de la política o del gobierno. De ahí que haya muchas instancias imprevisibles, dictadas por el carácter público de esos profesores, o por la coyuntura política, la seguridad nacional o internacional, el orden público, etc., que pueden imponer demandas sobre la universidad y a las que ella no se podría sustraer sin perjuicio del bien común de la nación. Tales imperativos superiores significan de hecho también una

restricción de al "autonomía" universitaria. Lo mismo podría decirse de la inviolabilidad territorial universitaria respecto de crímenes comunes por perpetrar dentro de sus límites en horas en que no está la autoridad de la universidad o cuando la natural demora haría ineficaz la acción preventiva del crimen.

Todo esto lo decimos no para debilitar el concepto de autonomía, sino para enfocarlo mejor e impedir así que nuestra idea de universidad se fundamente en un ideal vago y no suficientemente confrontado con la realidad.

Aceptando estas dependencias y limitaciones, puede quedar la objeción: el nexo con la jerarquía implica una ingerencia de ésta en lo substancial de la vida académica, que es la búsqueda de la verdad. Aquí es donde entra en juego el temor a la dogmatización. Planteemos la cosa en toda su crudeza.

¿Qué podría temerse de la dependencia eclesiástica? Imposiciones arbitrarias, un ejercicio de dominio omnímodo, convirtiendo la universidad en un simple órgano de la Iglesia misma. Podría significar también ingerencias en cuestiones académicas, quitando el libre juego de la investigación. Podría además acarrear consigo prerrogativas personales en cuanto a alumnado y profesorado o finalmente una imposición doctrinal cerrada. Si esto fuera así, tal dependencia eclesiástica se opondría al concepto moderno de la universidad y los que están en el quehacer universitario no tendrían por qué aceptarlo.

Analicemos estos "peligros" por partes. En primer término, una imposición arbitraria sería en el fondo inmoral. Por lo tanto, la autoridad religiosa ella misma está impedida de proceder así y si lo hiciera no habría obligación de acatarla. Esto lo señala cualquier texto elemental de ética. Es cierto que toda autoridad tiene el peligro de sobrepasarse en el ejercicio del poder, pero este riesgo —propio de toda autoridad— no justifica que se sospeche exclusivamente de la autoridad eclesiástica. Hacerlo revelaría intolerancia que descartamos por anticuada y antipluralista.

En cuanto a un supuesto ejercicio omnímodo de dominio, constatamos en primer término que la Iglesia en el Vaticano II destaca la autonomía relativa de las ciencias, entendiendo por **relativa** la interdependencia que tienen unas ciencias de otras. Unas pueden suministrar los principios epistemológicos a otras o la información con la cual la otra opera. La Iglesia, además, en diversos documentos reconoce la libertad de pensamiento y expresión, y propicia el diálogo activo entre las diversas ciencias y la teología. En lo que toca al gobierno universitario, la Iglesia puede y quiere dejar libertad en lo específicamente administrativo y académico, pues no considera esa función como estrictamente "de Iglesia", similar a la administración de un hospital. Es una función profana no destinada en sí al anuncio de la Palabra y a la santificación del pueblo de Dios. Eso no quita que tal función pueda estar animada por el espíritu cristiano y sea así una obra eclesial en un sentido amplio. Por lo demás, la Iglesia en las circunstancias actuales no está en condiciones de invertir sus fuerzas apostólicas en actividades puramente administrativas que exigen dedicación completa y especialización.

La "ingerencia en cuestiones específicamente académicas" podría estar en la selección del personal, en la fijación de materias y planes de enseñanza y en la pastoral universitaria. La selección del alumnado —hipotéticamente por condición social o adherencia religiosa— es totalmente contraria a la mente actual de la Iglesia. Además el sistema nacional de admisión a la universidad no da otra vía que las calificaciones intelectuales del estudiante.

Respecto a la influencia en materias y planes de estudio, la Iglesia reco-

noce, como está dicho, la autonomía de las ciencias, pero constata también que el objeto de cada ciencia es parte de una realidad mucho más vasta, que desborda el método y el ámbito de cada ciencia en particular, y que está insertado en entornos —para usar un concepto familiar de Jaspers— cada vez más amplios, hasta llegar a un último horizonte, a un fondo primordial de la realidad en donde encontrar su última coherencia y unidad de sentido.

Frente a esta pregunta originaria del hombre, planteada desde los primeros pre-socráticos hasta la más reciente ontología fundamental de Heidegger, caben básicamente dos posiciones criteriológicas. Ambas trascienden en última instancia la comprobación empírica o la simple deducción lógica. Unos dirán que es posible responder a esa pregunta primordial, otros dirán que no es posible. Negarlo significa rechazar a priori las posibilidades de una intelección global de la realidad y resignarse a un escepticismo radical de la razón. Tal opción no puede arrogarse el título de ciencia, pues es simplemente una creencia, un dogma dictado en el mejor de los casos por un desánimo en la búsqueda de soluciones últimas.

Afirmar, por el contrario, la posibilidad de una intelección global de la realidad, supone otra creencia, pero esta vez sustentarla por una ontología rigurosamente crítica, iluminada y ampliada por la fe. Aquí radica en último término la diferencia entre universidad "laica" y universidad "católica". Esta, por cierto, no puede pretender dar en cada una de las carreras la visión global sintética, establecer una "universitas scientiarum", como la concibiera Newman en el siglo pasado. Las ciencias están en un proceso doble de disociación y reagrupación. La tarea del investigador y pensador es cada vez más parcializante. Por eso mismo, es más urgente el que en cada área del saber se descubran por lo menos las conexiones fundamentales con lo que el hombre es en su mismidad y por su lugar y destino en el universo. No intentarlo sería abandonarlo a una trágica alienación.

La comunidad de la universidad católica, apoyada, como está dicho, en el derecho de libre asociación, aunque respetando la plena libertad en materias opinables y propiciando la unidad ante lo verdadero, ha hecho esa última opción criteriológica frente a la realidad. Eso no impide dejar el más amplio margen para la investigación y solución de lo contingente e histórico, señalando siempre dónde encontrar los criterios últimos para lograr la maestría de eso contingente e histórico.

La fe no es un refugio intelectual ni un salto indigno de la razón. Ella se basa y tiene su último argumento en el testimonio de la palabra y de los hechos de Jesucristo, reconocidos como divinos por la iluminación interior del Espíritu Santo. Esa misma iluminación es la que hace reconocer a su Iglesia como Pueblo de Dios, con sus pastores depositarios de esa Revelación, avallados con la asistencia perpetua del mismo Espíritu Santo, suscitando así un conocimiento que es reconocimiento por connaturalidad entre la obra exterior y la obra interior de Dios. Como la universidad católica se declara abierta a esa Verdad última, está abierta también al testimonio garantizado de su Pastor, que es garantía en la medida que está en comunión con el Episcopado universal. Su misión es velar por que la luz de la Fe y el depósito de la Revelación Divina se preserven en su autenticidad. Esto no impide que la Teología, definida como el esfuerzo de intelección de la Fe, progrese en sus respuestas a las preguntas que va haciendo perpetuamente la historia a la Revelación. Una Fe

que excluyera al testigo de la Fe, es decir al Obispo, no es verdadera Fe, pues excluiría uno de los contenidos mismos de su credo. Qué proyección tiene esto en la vida académica, lo veremos en la dificultad N° 8.

2. "La tendencia de hoy hacia la universidad nacional va contra los particularismos".

La Vicerrectoría Académica de la Universidad Católica de Chile ha dejado muy en claro cómo entiende ella el sistema nacional de universidades (Cuenta Anual 1969-1970, N° 9) y no hay al parecer nada objetable en tales proyectos. Allí se explicita lo que deben tener en común las universidades chilenas. Conviene sin embargo reflexionar, aunque brevemente, sobre la diversidad y su riqueza.

Un país en desarrollo debe evitar duplicaciones cuando éstas son innecesarias. Aún más, la coordinación para un intercambio de profesores, reconocimiento de planes de estudio o equivalencias, expedición en el régimen de ingreso, proyectos comunes de investigación, distribución de tareas docentes, intercambio de información, etc., no puede ser sino muy provechosa para el progreso científico y cultural del país.

En cambio sería ciertamente nocivo un monopolio intelectual que impidiera el libre juego de la investigación y docencia, cuando éste se mueve dentro de las posibilidades y requerimientos nacionales. Una sana emulación, con logros compartidos, pone la vida académica en un constante plano de superación y evita, al mismo tiempo, recargar una máquina central de administración que termina por ser inoperante. Los primeros en beneficiarse de esta variedad son los alumnos, ya que la vida académica puede mantenerse fácilmente en un alto nivel de relaciones humanas más personalizadas.

Los particularismos son por lo general engendros negativos que surgen como reacción a una intolerancia instalada. En cambio, cuando entre las universidades existe una solidaridad en la tarea común de formar a la mejor juventud del país, los particularismos no tienen cabida. Los hay cuando las fuerzas docentes, los presupuestos, los instrumentos de trabajo y estudio no se aprovechan suficientemente o son puestos al servicio de un estudiantado injustamente favorecido. Lo mismo sucede cuando hay una competencia movida por intereses encubiertos, ajenos al quehacer académico.

Por otra parte, las universidades no rinden lo necesario para el país si la proporción profesor-alumno o alumno-laboratorio o biblioteca no es adecuada por falta de espacio físico, libros, instrumental, tiempo de atención personal. Esto hace imperioso que se comparta entre diversas instituciones la tarea de la docencia universitaria.

A estas consideraciones de tipo cuantitativo se añade otro factor de un valor humano más profundo. Los nombres "Oxford", "Heidelberg", "Salamanca", "Sorbona" o "Harvard" evocan más que un simple establecimiento universitario. En cada uno de ellos hay un caudal histórico y espiritual condensado que, a diferencia de los museos, sigue vivo y fecundante, uniendo la novedad de la tarea presente con los valores espirituales que ha seleccionado la historia. Ese espíritu no marca sólo una juventud, sino toda una nación. Cuando junto con Heidelberg se pueden enumerar Tübingen, Bonn y Leipzig, con Salamanca Alcalá, con Oxford Cambridge, y así tantas otras, no se suman simplemente institutos universitarios. Cada una es un punto de concentración

y desdoblamiento del espíritu de un pueblo, y lejos de constituir particularismos, forman una corona que enaltece el cerebro de una nación. Cada universidad tiene su propio carisma y cada carisma es un don y un patrimonio que debe ser protegido y cultivado. Cada universidad tiene su alma propia, creada por una comunidad viva en la que también sigue vivo un pasado, robusteciéndola para el futuro.

La UC ha logrado su carisma y su alma en el casi siglo de existencia que lleva. Junto con transmitir conocimientos y roturar la realidad chilena para desentrañarle sus secretos, posee un espíritu que hunde sus raíces en el suelo de la tradición cristiana, de donde surgieron las creaciones más perdurables de la cultura de occidente. Nuestra comunidad universitaria se sabe poseedora de ese **ethos** enriquecido día día que inspira su estudio y su acción y lo considera como el mejor aporte que puede hacer para la ampliación de la vida cultural chilena.

3. "La universidad es una institución 'de facto' que puede fluctuar o cambiar según la voluntad de la comunidad universitaria; una fijación 'de jure' es artificial y en último término lábil".

En primer término, los términos 'de facto', 'de jure' son dos comodines intelectuales que tienen el defecto de embutir en dos conceptos estáticos y vagos una realidad viviente que los desborda y que los fusiona a la vez. Es cierto que la universidad existe 'de facto'. No hay un "principio ontológico esencial", una "Wesenheit" que la determine inmutablemente en su ser. Pero también el Estado es 'de facto' y la familia es 'de facto' y sin embargo en los tres hay exigencias internas derivadas de una especie de teleología estable que surge una vez que se da precisamente ese facto. Por su naturaleza la universidad responde desde el punto de vista individual, a las exigencias vocacionales de la persona para su propia realización. Desde el punto de vista social, satisface las necesidades culturales y profesionales de una nación en las que la vocación individual encuentra su natural despliegue. Si se sabe apreciar lo dicho anteriormente sobre la gestación y arraigamiento espiritual de una universidad, se verá cómo lo que se objeta como 'de jure' no es sino la fijación 'de facto' de valores humanos que se han hecho perdurables y se han identificado con la vida cultural del país.

Si se concibe tal fijación 'de jure' como una imposición formal extrínseca, emanada de una autoridad jurídica desligada, a la cual no corresponde ninguna realidad personal y social que la sustente, es justa la dificultad. Al derecho corresponde el acatamiento, cuando ese derecho es objetivamente justo e inteligente; ambos se justifican en base a esa realidad humana valiosa que un poder superior formula y estabiliza por medio del derecho y que el hombre valora y quiere ver estabilizada. Derecho y consenso son dos conceptos recíprocos que se condicionan mutuamente.

Antes de la formulación y estabilización jurídica existió primero una necesidad, un conglomerado humano y una función, llámese Academia, Liceo, Studium Generale o Universidad. Como todo organismo viviente, la universidad tiene simultáneamente dos exigencias paradójicas de estabilidad y renovación. Ambas podrían considerarse 'de jure' en cuanto que 'por naturaleza' la universidad debe gozar de estabilidad para hacer posible la enseñanza continua y progresiva. Lo exige también el reposo para la investigación, la inver-

sión de capitales en laboratorios, bibliotecas, la preparación de los docentes, la estabilidad de empleo de todo el personal.

'De jure' también debe estar en constante renovación, impuesta por la conquista progresiva de la verdad, por el perfeccionamiento de los métodos, por los nuevos desafíos y requerimientos de la sociedad. Por estas razones la universidad es a la vez "evento" e "institución".

Esta mutación no tiene por qué afectar a la visión de fondo que informe la actividad universitaria, a no ser que se sostenga dogmáticamente un escepticismo y relativismo de la razón, como dijimos arriba. La progresión en la conquista de la verdad no significa substitución, sino profundización, ampliación de miras, mayor captación de relaciones, inserción de nuevos datos. Si en este proceso la catolicidad se presentara como un obstáculo, no sería por razón de sus contenidos sino por ineptitud de sus personeros o por intolerancia de sus impugnadores. Contra este riesgo no hay ningún seguro que valga en ninguna actividad humana.

Por otra parte —y conviene recordarlo— si la universidad, concebida como institución 'de facto', no lograra estabilizarse por sí misma, o caería en la desintegración, o paradójicamente la universidad tendría que emigrar de la universidad para lograr su cometido. Peor sería aún, si la sociedad a que debe servir tuviera que recurrir a medidas estabilizadoras foráneas, que son la mejor anestesia para la vida académica.

De estas consideraciones podemos concluir: existe una especie de causalidad recíproca entre la institucionalización jurídica y la comunidad universitaria viviente con sus anhelos, conquistas y proyectos. Ambas se requieren mutuamente, la primera suscita o encauza a la segunda; la segunda hace operativa y ágil a la primera. Como decíamos al comienzo, lo 'de jure' y lo 'de facto' se fusionan en una realidad orgánica a la vez estable y renovadora. La universidad perdura si se guarda el equilibrio entre ambas cosas. Por un extremo acecha la rigidez de la muerte, por el otro la improvisación desintegradora.

4. "La comunidad universitaria busca la verdad y por lo tanto no profesa una verdad determinada".

Si esta frase significa que todo conocimiento es provisorio y que en último término no se puede hacer ninguna afirmación definitiva, tal proposición no la puede sostener seriamente nadie. Siempre existe la vieja tentación sofista, condenada erróneamente en la persona de Sócrates al achacársele que corrompía a la juventud, de defender lo verdadero como falso y lo falso como verdadero.

Es cierto sí que hay historicidad en muchas verdades. Múltiples fenómenos no se pueden conocer sino con su devenir en el tiempo, ya sea porque la interpretación de esos fenómenos es siempre fragmentaria, o porque el progreso del conocimiento se va logrando por acumulación y ampliación. Aún más, las preguntas fundamentales del ser humano se sumergen en las galerías inacabables de la realidad, sin poder llegar jamás a agotar las vetas de la verdad y del ser. Pero eso no significa que toda verdad es relativa y provisoria, que lo encontrado en el camino de la búsqueda es mera apariencia o que la dirección en que se busca no puede estar asegurada de antemano.

Además nuestra mentalidad actual, fuertemente influenciada por un existencialismo indiscriminadamente divulgado y frecuentemente mal digerido, tiende a contentarse con una verdad epidérmica que se va encontrando en el llamado despliegue de la existencia en la libertad. Aún más, siguiendo la línea de una filosofía exclusivamente de acción, en la cual el saber no vale sino en cuanto es inmediatamente convertible a manipulación de la sociedad y del individuo, se cree poder prescindir de una visión permanentemente valedera de la persona humana, de su destino y de sus valores esenciales. Tal perspectiva no puede menos que ser esterilizante. Recortar la proyección del pasado y del futuro a la inmediatez de la acción es convertir la historia en un punto y renunciar a una tarea duradera para el futuro. La respuesta al desafío inmediato de la acción podrá estar orientada por una ideología, pero esa ideología debe estar dispuesta a someterse a un análisis a partir de la naturaleza y de las relaciones esenciales de las cosas y probar así su última consistencia. Para ello primero es necesario saber qué y quién es el hombre para de allí juzgar la ideología y no aceptar dogmáticamente ésta, poniendo al hombre a su servicio.

Podrá alguno pensar que entre las ideologías tendríamos que contar la Fe. No es así. La Fe es un don que no se opone a la verdad empírica o a la razón discursiva. Dejando intactas a éstas, ella por la Revelación les abre nuevas realidades trascendentes. En cuanto acto humano, la Fe tiene una prioridad psicológica respecto del conocimiento en cuanto que es una sintonía y una apertura no sólo del entendimiento, sino de toda la persona humana hacia la Verdad y Bondad del Ser Supremo. Antes del Cristianismo, ya Platón había descubierto y descrito esa orientación fundamental del hombre. Tal apertura no es una mera opción ciega y antojadiza, sino que está predispuesta por la credibilidad de los hechos históricos-religiosos y consolidada por la acción del mismo Dios en la última intimidad del ser humano.

En postremo análisis, el misterio de la Fe es un encuentro del hombre con Dios, la Suprema Realidad y Verdad. Cuando se dice entonces que "la comunidad universitaria busca la verdad", hay que desglosarlo mucho, so pena de caer en un abstractismo y no distinguir de qué verdad se habla y en qué condiciones va a ser esa búsqueda. El quehacer universitario es fraccionado y no toda la comunidad universitaria puede estar embarcada en una determinada línea de investigación. Siendo la universidad un organismo vivo, hay una intercomunicación de logros artísticos, científicos, filosóficos y teológicos que deberían redundar en bien de toda la comunidad. Por consiguiente, para volver a la dificultad inicial, no obsta que en determinadas áreas haya una constante búsqueda de nuevas realidades científicas o humanas, sin que ello signifique la negación de hechos comprobados o rectamente interpretados dentro de la misma ciencia, o en otras, o en la visión de fondo que inspira toda la vida de la Universidad Católica.

Tenemos que mirar las cosas también con sobriedad. Gran parte del trabajo académico es simple transmisión de un patrimonio científico y cultural común. Gran parte también es aprendizaje de técnicas y adquisición de hábitos intelectuales y manuales. Sin restarle la importancia de la investigación, la universidad está abocada a preparar al estudiante, —por medio de un estudio complejo, según las asignaturas—, para que al término de su carrera sea capaz de trabajar o investigar en forma autónoma. El trabajo de "búsqueda" que puede hacer el estudiante durante ese tiempo no puede ser más que de iniciación. Aun las tesis o memorias, que se supone aportan un verda-

dero avance para el saber, son pequeños pasos en áreas muy circunscritas. Los grandes y decisivos avances en el desentrañamiento de la verdad no menudean y son logrados por cerebros o equipos dedicados a la investigación superior y a la reflexión profunda. Tales suelen encontrarse en las universidades y ser estimulados por el mismo ambiente académico, pero no en la proporción como para afirmar en forma un poco generosa que "la comunidad busca la verdad". Esta debe ser suficientemente crítica y modesta como para saber cuál es el alcance real de sus propias posibilidades.

Digamos en este contexto una palabra breve sobre el "compromiso" de la universidad en lo que está relacionado con la "verdad". Hay un compromiso espontáneo de la universidad en la medida en que ella está insertada en una sociedad y en una historia, y será más rico mientras mayor y más variada sea la resonancia de la pulsación nacional. Este compromiso espontáneo está en proporción con la permeabilidad mutua de mundo y universidad. Hay otro compromiso posible que no es espontáneo sino dirigido y que supone dirigentes y dirección. La universidad, al estar al servicio supremo de la verdad, debe tener, si no quiere traicionar su propia naturaleza, la autonomía y distancia frente a toda ideología que inspire ese compromiso dirigido. Con esa distancia y autonomía sabrá aquilatar los valores y la oportunidad de la acción y sabrá criticar o rechazar lo que desnaturalice su función institucional o lo que signifique una tergiversación de la realidad o un atropello de derechos. Por lo demás la universidad no puede ni tiene los medios para asumir funciones propias de partidos políticos o de las diversas instituciones ejecutivas. Ella no podría hacer un peor servicio a la nación que cayendo en un inmediatismo ingenuo, renunciando a su misión de análisis.

En este sentido, la frase que encabeza este acápite tiene plena vigencia: la universidad no puede profesar una verdad determinada, si por verdad entendemos una ideología acerca de las realidades contingentes que tienen múltiples posibilidades de interpretación y de solución. No obstante, estas realidades buscan un último anclaje. La Universidad Católica no se contenta con un pragmatismo cómodo que archiva las últimas preguntas acerca del hombre, del cosmos y de la historia.

5. "La UC depende necesariamente del aporte privado con las correspondientes ataduras ideológicas".

Parte de la educación católica ha tenido este riesgo por muchos años. Todo "compromiso" contingente tiene sus aspectos negativos y muchas veces hemos tenido que lamentar los que nos legó el "compromiso" que se juzgó necesario en otras épocas; pero hay que apreciar las cosas en su dimensión real y en la situación de este momento. Una cosa es el peligro de estas ataduras, otra el que se incurra de vez en cuando en ellas, otra el que se incurra siempre. Esto es de lógica elemental.

Sin contar el inmenso esfuerzo educacional católico en los medios modestos a lo largo de todo el país y por muchos años, la educación pagada católica está haciendo desde hace tiempo cambios radicales en su financiamiento y poniendo en práctica sistemas que permitan el acceso de niños de todos los sectores a aquellos colegios tradicionales considerados clasistas. Además de las penurias que esta mutación trae consigo, el proceso debe hacerse en for-

ma inteligente y progresiva para evitar lesiones espirituales en una edad muy vulnerable.

En concreto la UC tiene aportes financieros considerables del Estado o de instituciones nacionales e internacionales que en ningún modo crean ataduras ideológicas. En sus aulas están representadas las más diversas corrientes y no consta que alguna haya sido coartada por supuestas obligaciones monetarias de la Universidad. Basta recorrer la epigrafía mural en tiempo de elecciones para percatarse de ello. Si la Universidad tolera y respeta la diversidad de pensamiento, ella también puede esperar el respeto a su integridad institucional y al espíritu que la anima. Las reglas del juego deben regir para ambas partes.

6. "La formación de ghettos separados de la realidad nacional y del confrontamiento político y social de la universidad estatal, es peligrosa y aun nociva para la juventud".

Dados los medios de comunicación y la acentuada preocupación política de nuestro ambiente, es muy difícil que algún estudiante se pueda sustraer al impacto y a la confrontación que éste le impone.

Por lo demás, las universidades y cada una de las facultades tienen sus propias alternativas y ninguna puede atribuirse el monopolio de las personalidades influyentes y decisivas en la vida nacional. Grandes universidades en el mundo han demostrado por años mediocridad académica y humana y a veces pequeñas universidades han producido lumbreras para las ciencias. Si han tenido influencia ha sido principalmente por la calidad de sus maestros y estudios, por sus facilidades materiales, por la riqueza humana y dedicación del estudiantado. (Basta recordar cómo bajó de prestigio la Universidad de Jena cuando se alejó Hegel de sus aulas).

Actualmente la experimentación académica favorece las instituciones más reducidas, que permitan mayor flexibilidad, mayor contacto entre profesor y alumno, como es el caso de la Universidad de Bielefeld en Alemania, de reciente fundación.

La juventud debe estar en constante confrontación con los requerimientos de su medio, debe abrirse a otros más grandes, ver la realidad humana en toda su amplitud, variedad y angustia, pero en tal proporción que su trabajo académico no sufra detrimento. Las universidades son una carga demasiado onerosa para el erario nacional como para que el estudiante no corresponda al esfuerzo que la nación hace por él. Con frecuencia se cae en la tentación de la acción inmediata pero poco eficaz, con detrimento de la acción prolongada y profunda en el futuro.

Si actualmente se busca un sistema de integración nacional de las universidades, preservando su respectiva identidad institucional, la formación de ghettos se evitará, cosa que está por lo demás asegurada por el sistema actual de ingreso. Por lo demás hay que fijarse si en esta calificación de "ghettos" no está también escondida cierta hostilidad, que además de no querer reconocer la variedad orgánica de una sociedad, busca desacreditar con etiquetas llamativas y por motivos de índole diversas, instituciones en que está invertido un esfuerzo inmenso de docencia.

7. "La Iglesia instrumentaliza la ciencia con fines apostólicos".

¿Qué significa "instrumentalizar" una ciencia? En un sentido amplio es usarla para algo; en rigor, toda ciencia es instrumentalizable desde el momento en que un conocimiento se ordena a la acción. Aún más, todo conocimiento termina, consciente o inconscientemente, en acción. Una manera muy noble de "usar" precisamente la ciencia es lo que llamamos pedagogía. Por eso no toda instrumentalización es por sí mismo algo peyorativo. Lo sería si desvirtuara la ciencia misma o si con astucia se usara para fines propios que no favorecen al educando o termina por utilizar a la persona misma.

Se podrá objetar que una universidad católica por lo menos selecciona la verdad. Toda selección es válida mientras no violenta la verdad y no encubra maliciosamente el total de las verdades que el hombre tiene el derecho de saber. En buenas cuentas, cada ciencia es una selección; sus mismos métodos se la imponen. Por cierto, ninguna cátedra puede estar inmune a deformaciones o desviaciones. Es el riesgo inevitable de un conocimiento fragmentario, realizado por hombres en continuo proceso de formación. Con todo en el sistema actual de respetuosa y franca crítica que se favorece y se ejerce en las aulas, tales desviaciones tienen corta vida. De ahí que es necesario el influjo múltiple dentro de la universidad para que esos desequilibrios sean iluminados y rectificados desde diversos ángulos.

Así como de hecho hay amplia tolerancia y crítica dentro de una universidad católica, no negamos que también de hecho pudo haber en el pasado una tendencia apologética o aun intolerante que haya vuelto odiosa cierta docencia universitaria. El que una cátedra o una universidad se considerara "baluarte de la Fe" no era más que una situación de defensa o de reacción a otra postura intolerante, como fue la corriente, laicista anticatólica, especialmente del siglo pasado. Más aún, esta misma situación arrastrada por siglos caracterizó incluso a la teología en cuanto fue teología de "controversia", de "defensa" más que de "inteligencia de la fe", como reza su definición más apropiada.

El cambio en la situación ideológica en el mundo permitió durante las últimas décadas una rápida evolución y un cambio de orientación del estudio teológico. Esta apertura fue propiciada ampliamente por el Vaticano II y el mismo pluralismo actual ha entronizado el "diálogo" teológico en lugar de aquellas "disputas" que campeaban en otras épocas, por razones históricas que hay que saber juzgar también con objetividad.

¿Pero no se usa la Teología con fines proselitistas dentro de la universidad? No. La Teología, como toda ciencia, es conocimiento e intelección de la realidad; en este caso, del fondo originario de esa realidad en cuanto ha sido desvelado al hombre en el Verbo de Dios hecho historia humana. Entendida así la Teología es un esfuerzo para poner al hombre en la perspectiva de su última realidad y de su última autorrealización. Si un individuo no es capaz de ver por sí mismo, con la ayuda de la Teología, las relaciones básicas de su existencia, su inserción en la vida trinitaria y la irrupción de la trascendencia en su minúscula inmanencia, no hay "proselitismo" que valga. En este sentido, la Teología lejos de ser un "instrumento" es un haz de luz echado en el fondo de la realidad. La aceptación de lo que ella muestra es la opción primaria del ser humano, desde donde alcanzan sentido y unidad todas las opciones ulteriores.

8. **"La Iglesia impone una concepción dogmática que lesiona la libertad de cátedra".**

Junto con la primera dificultad que hemos analizado, ésta es una de las objeciones más serias que se suelen poner contra la catolicidad. La fuerza proviene de nuevo de esa connotación peyorativa que se suele dar al término "dogmático". Aun en esto hay un lastre decimonónico. Para evitar confusión es necesario precisar lo siguiente:

a) Dogma es un pronunciamiento oficial infalible del magisterio de la Iglesia, por el que se establece que una verdad de su enseñanza ha sido revelada por Dios. Por lo tanto, no todo lo que enseña la Iglesia es necesariamente "dogma", y la fuerza obligatoria para los creyentes no proviene de una imposición autoritaria, sino del peso que tiene la autoridad de Dios al revelar algo.

b) La Iglesia reconoce dos criterios de verdad: la **evidencia** para las cosas susceptibles de verificación empírica o racional, y la **autoridad de Dios** como argumento para afirmar los misterios que trascienden la capacidad humana.

c) La Iglesia, como servidora de la Verdad revelada, propicia la **unidad** de las mentes en lo verdadero, y la **libertad** frente a materias opinables. Como servidora del Bien, preconiza la caridad universal dentro de la diversidad.

d) La Iglesia, en su misión pastoral, solicita la adhesión a aquellas enseñanzas derivadas del Evangelio y que están ordenadas a la perfección sobrenatural del ser humano, individual y socialmente.

Por parte de las ciencias existe un solo límite: la verdad. En virtud de ella, todo error reconocido debe ser rectificado; la hipótesis debe ser presentada como hipótesis, la opinión como opinión. Esta honestidad se la debe el profesor a sí mismo y al alumno. Frente a los problemas que trascienden el ámbito de la propia ciencia, no pueden hacerse afirmaciones basadas en esa sola ciencia. Por ejemplo, con los datos de la pura biología no se puede concluir la inexistencia del alma humana.

Por su parte, la Teología no puede estar encastillada en su estricto objeto formal. En último análisis, ella es antropología teológica o teología antropológica, en cuanto que estudia la inserción de Dios en la historia humana y la consumación de la historia humana en Dios. Por eso necesita de las preguntas que se va planteando el hombre en su mundo contingente, en toda su amplitud y en toda su crudeza. La Iglesia, a nivel universitario, procura por lo tanto conjugar la verdad de las ciencias exactas y del espíritu con la Verdad por antonomasia, con la Palabra de Dios revelada en Jesucristo. La verdad del laboratorio y la verdad de la Fe tienen un mismo origen.

De todo esto podemos concluir, entre otras cosas, que la ingerencia de la Iglesia en una universidad católica no puede quedar reducida a la pastoral universitaria o a ciertas actividades litúrgicas, a la manera de las capellanías militares. El interés de la Iglesia, que quiere dar y recibir, está en la confrontación de los diversos saberes y en el fomento de una sabiduría superior que los integre y eleve.

Para lograr esto, no basta que exista un instituto de Teología, sino que los nexos fundamentales deben quedar de manifiesto también en el terreno de cada una de las ciencias y allí mismo encontrar la inspiración para una praxis éticamente valiosa. Los límites entre lo sagrado y profano son artificiales; también lo son entre la teología y las ciencias, entre la teoría y la praxis, que deben quedar asumidas en un **ethos** cristiano personal y social.

Por esa necesidad de confrontación, la Iglesia respeta y reconoce el pluralismo, máxime cuando se trata de la difícil interpretación de los hechos contingentes. Pero al mismo tiempo, apoyada en el derecho de libre asociación, prefiere para las materias que dicen relación con la raíz y finalidad últimas de la realidad física y del hombre, maestros que adhieren a su pensamiento, siempre que estén académicamente cualificados. Por esta misma razón, como ella respeta el pluralismo, espera también, como dijimos, reciprocidad en la tolerancia por parte de profesores, alumnos y administrativos que tengan un pensamiento diferente. Es legítimo que quienes tienen una visión de Fe, que es de verdad, establezcan una universidad que admite como suya esa verdad. Esto no obsta, por ser verdad, para ninguna libre búsqueda de la verdad, ni para que colaboren quienes quieran lealmente admitir en esa universidad lo que ella es.

En lo que toca a la pastoral universitaria, es obvio que ella debe considerar las características propias del ambiente universitario, sus inquietudes, su estilo. Pero también debe estar de acuerdo con las líneas matrices de la pastoral general. El desempeño de esta función no le compete directamente a la universidad en cuanto institución académica, sino en la parte administrativa, disponiendo los medios que faciliten esa pastoral.

9. "La Iglesia es esencialmente conservadora y perpetúa estructuras sociales injustas".

Esta dificultad tiene un telón de fondo político y, si bien la política tiene su ineludible proyección dentro de la universidad, no puede ser ella la única categoría o la principal con la cual pensar la universidad. Con todo, la dificultad tiene su fuerza en algunos y merece ser analizada.

No debe confundirse el concepto teológico de Tradición, con el estancamiento en posturas cultural o socialmente escleróticas. Cristo mismo fustigó este tipo de "tradiciones vuestras" en los fariseos. La Tradición en sentido teológico es por esencia algo viviente y se confunde con el pulsar actual y siempre renovado de la vida eclesial, en cuanto que implica una comunión vertical con la vida anterior de la Iglesia y una responsabilidad de transmitir al futuro ese legado vivo. Más aún, el garante de la Tradición es el mismo Espíritu Santo que inspiró y que inspira a la Iglesia. El tradicionalismo negativo, en cambio, es un fenómeno de hecho que se puede presentar en cualquiera asociación o grupo humanos como consecuencia de la edad psicológica de sus hombres, llámese Iglesia, partido político o institución universitaria.

Mirando con perspectiva histórica y filosófica, la vida humana se desarrolla como una dialéctica entre conservantismo y progresismo y paradójicamente ambos se implican y condicionan mutuamente. El progresismo vive de reacción y tiene casi necesariamente que pagar tributo a aquello contra lo cual reacciona. Esto se ve claro en los grandes movimientos filosóficos de los últimos siglos. En esto se da el fenómeno, caracterizado ya por Hegel, del "aufheben": el progreso "elimina", "guarda" y "eleva" la tradición, para usar las tres acepciones del concepto hegeliano.

La Iglesia está en la historia, pero tiene un elemento meta-histórico. Por eso a los progresistas les parece retrógrada y, por otra parte, los tradicionalistas se sienten constantemente defraudados por ese "hogar" en que creen poder encontrar refugio. En ese triple ritmo indicado, la Iglesia ya prevé por

instinto ese estado de "elevación". Por eso tiene confianza y paz en medio de las alternativas a veces violentas del devenir histórico.

Por lo demás, el tiempo no es más que una categoría dimensional en la cual se van situando los valores humanos. El que una cosa sea nueva o vieja no es por lo mismo garantía de su valor intrínseco. Por eso no debe oponerse un progresismo frenético y ahistórico a una sana preservación de valores, en los que el hombre ha condensado su espíritu en el pretérito y de los cuales sigue viviendo. Tampoco la timidez, la falsa seguridad, la carencia de imaginación, la ceguera situacional deben entorpecer el impulso que busca siempre el crear una nueva expresión. La vida es ambas cosas: persistir en medio del cambio, capitalizar el pasado al crear para el futuro. No extraña entonces el que los más avanzados de hoy están trabajando con conceptos que se gestaron hace ciento cincuenta años.

10. **"Las universidades han adquirido tales dimensiones que escapan al control de la Iglesia como institución".**

En esta dificultad hay dos ideas de fondo que conviene aclarar. En primer término y en el orden estrictamente práctico, puede suceder que una universidad católica hubiera crecido tanto, tuviera tales demandas de profesorado y de ayudas económicas, que el obispado o la congregación religiosa que eventualmente la rigiera, no contara con los recursos para sostenerla. Tal caso, que con facilidad pudiera darse, aconsejaría que la universidad quedara entregada a su propio destino y no siguiera siendo una carga onerosa para una diócesis o una congregación de fuerzas muy limitadas. Nótese bien que en tal caso la **gestión** de la universidad quedaría asumida por otra entidad jurídica, lo cual no significa que se deba renunciar necesariamente a un "control" o a la inspiración básica que la animaba. En todo caso, es un asunto que debe ser dirimido según las circunstancias concretas; pero en sana lógica, de un caso particular no se puede deducir un principio general.

Hay sin embargo un aspecto más de fondo en la dificultad propuesta, y que está implícito en eso de "Iglesia como institución". El concepto de Iglesia no es co-extenso con el de Jerarquía o de clero. Ella es el Pueblo de Dios y tiene la extensión de los que tienen la Fe en Cristo por el bautismo, aunque sea en diverso grado. Ese Pueblo de Dios no es un mero agregado numérico¹ de gente, sino que está articulado en un todo orgánico por un sistema de gobierno y magisterio inseparables de ese pueblo mismo.

Ahora bien, nada impide que una parte de ese Pueblo de Dios, perfectamente definido, sostenga un organismo de docencia, investigación y reflexión superior, que goce de toda la autonomía necesaria de funcionamiento y que al mismo tiempo esté coordinado con el cuerpo total de la Iglesia. En un organismo vivo podemos encontrar una comparación: un órgano ejerce una función totalmente específica, irremplazable por otro, sin que para ello tenga que estar separado del organismo total y sin que esa coordinación signifique un desvirtuar su propia naturaleza.

Qué forma jurídica deba tomar esa coordinación, depende de muchas circunstancias, principalmente del régimen de derecho público y privado de una nación, aplicado a la Iglesia y a la universidad como personas jurídicas.

11. **"Para las aspiraciones de la Iglesia bastaría la existencia de un instituto de Teología y que estuvieran aseguradas las facilidades para una pastoral universitaria".**

Ambas cosas se dan en universidades de otros países, sin que por eso sean "católicas" y satisfagan las aspiraciones de una universidad católica. Por ejemplo, en Alemania hay facultades de teología y la atención pastoral católica y evangélica aparece consignada en el catálogo semestral de cursos. (Algunas de las proposiciones de Buga en este sentido esperan aún el veredicto de la experiencia).

La influencia que puede tener un instituto de Teología es limitada. Comparado con otros institutos o escuelas, su profesorado es numéricamente inferior y no parejamente capacitado como para asumir en bloque la tarea abrumadora del trabajo y estudio interdisciplinario. Este supone una preparación sólida por lo menos en dos áreas científicas, además de ser un trabajo por realizar en forma adicional al ordinario de docencia en la propia facultad. Aun en el caso de extender las posibilidades del instituto de Teología, su aporte supone de los otros sectores el interés, la problemática, el lenguaje, las perspectivas que permitan un diálogo interdisciplinario enriquecedor.

En cuanto a los alumnos de teología, los contactos que pueden tener con compañeros de otras áreas son por lo general esporádicos. En gran porcentaje no pueden tener aún la capacitación necesaria para abordar en forma seria problemas que en la práctica los rebasan. Esto es aplicable respectivamente a alumnos de otras facultades. La distancia física entre las diversas escuelas, la variedad de programa según el currículo flexible, las breves horas pasadas en los recintos universitarios, hacen del "diálogo institucionalizado" un ideal difícil de alcanzar. Ante la dificultad se retrocede y el interés decae.

Por otra parte, según insinuábamos, este diálogo exige un esfuerzo considerable para asimilar otros lenguajes científicos, lo que se logra sólo tras una prolongada familiaridad con los problemas limítrofes. Esta dificultad de semántica al comienzo mismo del diálogo desalienta a muchos. Consideran que dadas las propias obligaciones académicas y personales, el esfuerzo no es proporcionado a los resultados. Durante el año 70, FEUC con muy buenos deseos organizó un interesante diálogo interdisciplinario sobre el origen de la vida. Allí se oyó desde el lenguaje de los "cuanta" hasta la especulación escolástica. Los mismos catedráticos que participaban, a pesar de su preparación, se veían forzados a hacer una transposición mental muchas veces difícil y que gran parte del auditorio no estaba en condiciones de seguir. Este tipo de trabajo, aunque interesantísimo y necesario, por su dificultad tampoco puede ser frecuente.

Además, la influencia de las publicaciones es también limitada, especialmente cuando se trata de monografías especializadas que van al núcleo de los problemas. Tales escritos no resisten tampoco la competencia con la vasta literatura liviana en la que se queda un grueso número de los universitarios, dadas las exigencias de sus propios estudios.

No queremos ser pesimistas sobre lo anterior, ni renunciar a estas tentativas valiosas; sólo queremos hacer notar sus posibilidades reales. Por todas estas razones, la visión trascendente debe irse suscitando en el seno mismo de cada disciplina y supone del profesorado una preparación previa y adaptada a las necesidades intelectuales de los alumnos que tiene ante sí, que le saque del círculo estrecho de la propia ciencia y le haga ver las grandes relaciones

de las cosas, al mismo tiempo que las limitaciones del propio objeto de estudio. Por eso no bastan para las aspiraciones intelectuales de una universidad católica sólo un instituto de teología y una pastoral universitaria que puede llegar a un porcentaje mínimo de personas. Al estudiante de Derecho no le satisface un diálogo ocasional con Teología para formarse un concepto cabal de una antropología teológica, en la cual se base su visión del derecho. Un psicólogo no puede estar esperando que lo visite por casualidad un moralista para que informe a sus alumnos acerca de las implicaciones de la moral en los instintos. Un artista no va a visitar las aulas de Teología para buscar la interpretación teológica de la arquitectura gótica o de la iconografía bizantina.

12. **"La tutela de la Iglesia, aunque sea sólo en la investigación teológica, obstaculiza el progreso en esa ciencia".**

Esta objeción puede plantearse en el plano teórico o en el práctico. Respecto al primero, la Teología, por definición, es una pregunta a la Fe hecha por la inteligencia, al mismo tiempo que una pregunta de la Fe a la inteligencia; entre ambas existe una especie de dialéctica. Ahora bien, entre los contenidos de la Fe está la creencia en el Cuerpo Místico de Cristo, que incluye la Iglesia visible como sacramento de la Verdad de Dios en el mundo. La Fe, por lo tanto, no sólo exige una adhesión corporativa a la Iglesia sino que, además, la participación en la vida de ella es un principio de **intelección** de su misterio. En otros términos, la pertenencia activa a ella lleva a un conocimiento por identidad o connaturalidad, como sucede en forma análoga en otros órdenes de cosas.

Querer hacer Teología al margen de la vida histórica de la Iglesia es hacer, en último análisis, teología sin Fe, lo que es un contrasentido, según la definición misma que hemos dado. Teología, en el sentido profundo de la palabra, no puede ser sólo filosofía de la religión, o historia de las religiones, o fenomenología religiosa. Una teología sin los datos bien controlados de la Fe vendría a ser como una ciencia exacta sin datos comprobados empíricamente o como historia sin documentación críticamente segura. La Teología permite el más amplio juego de la inteligencia, pero sobre contenidos debidamente controlados en última instancia por el Magisterio. Y ese Magisterio no hay que recibirlo únicamente como a fuente fría de información impersonal, sino con una adhesión afectiva y efectiva que toma características de una verdadera devoción. Sólo con esa actitud es posible reconocer en la Iglesia el signo de salvación. Por eso Ignacio de Loyola insistía tanto en el "sentir con la Iglesia".

Ella ha vivido durante 20 siglos la densidad de su propio misterio, sin tener necesidad de objetivarlo y definirlo solemnemente. Sólo en este siglo, con documentos como "Mystici Corporis" y "Lumen Gentium", la Iglesia ha hecho un ensayo de autodefinición, sin agotar esa realidad delineada en forma tan simple pero tan rica por las parábolas del Reino de Dios.

Los profesores que enseñan Teología ejercen su docencia con una misión del Magisterio, lo cual, lejos de ser una limitación, es un respaldo y una garantía de su ciencia. Lo que la Iglesia espera de ellos es que no enseñen como **revelado** o como **conducente al fin último del hombre** algo que ella no tiene como misión el enseñar.

Eso de ninguna manera impide la libre especulación sobre puntos no de-

finidos u opinables, como lo demuestra la historia de la Teología. En ella se han dado innumerables corrientes, enfoques, acentos, sistemas. Incluso hoy día, como ha destacado en repetidas ocasiones Karl Rahner, hay diversas posibilidades de teologías o intelecciones y formulaciones de un mismo gran misterio. Aún más, las doctrinas divergentes del Magisterio se han de enseñar en forma seria, objetiva, y se propicia que sean propuestas por profesores de las correspondientes denominaciones cristianas. A esto se suma el deseo y la necesidad de constante reformulación de la Teología a partir de los planteos, desafíos y requerimientos que va imponiendo cada época, ya que Teología es en gran parte una pregunta a la Revelación desde la historia.

Así como un historiador no está facultado para enseñar como verdadero lo no comprobado, sin que eso se considere una "limitación" de su docencia, así el teólogo o el profesor de otras ciencias que se internen en el campo teológico-antropológico tienen sus demarcaciones en aquellos puntos que contravengan la Verdad revelada. A la Iglesia le corresponde indicar dónde se encuentra esa Verdad, y a la Universidad Católica con su Gran Canciller destacar para esas materias a las personas mejor calificadas. En cuestiones discutibles, la Iglesia no se considera con atribuciones para delimitar la libre investigación, a no ser que por prudencia pastoral en determinadas oportunidades recomendara cierta reserva en materias que el gran público, por falta de preparación adecuada, pudiera entender mal.

13. "La idea de una universidad católica corresponde a una situación de cristiandad, que actualmente no se da".

Creemos que esta afirmación no resiste un análisis histórico. La universidad medioeval sí correspondía a una cristiandad no cuestionada. Por eso mismo, como decíamos, no era necesario darle el apodo de "católica". Las universidades que hoy llamamos católicas comienzan a surgir como una afirmación de la Fe frente a una sociedad que no la admite, por lo menos oficialmente, como parte de la vida institucional del país. En concreto, con la división de Iglesia y Estado aparece, por ejemplo, el Institut Catholique de París, una vez que la vieja universidad católica de la Sorbona había excluido a la Teología; ésta era una de las cuatro facultades definitivas de las viejas universidades europeas, y había sido relegado a los seminarios clericales. En Alemania no fue éste el caso, dado que la reforma luterana creó en el centro de Europa un cuadro ideológico diverso. El antagonismo no era tanto entre estado laico e Iglesia, sino entre católicos y protestantes. De hecho, las facultades protestantes alemanas conocieron en esa época figuras teológicas notables como Hegel (teólogo y filósofo), Schleiermacher, Ritschl o Harnack.

Si en el viejo continente la universidad católica surgía en defensa de una visión del mundo cuestionada por el espíritu laicista, en ultramar se fundaban universidades con explícito fin misionero. Era el caso de la Universidad Sofía de Tokio (1908), La Aurora de China (1903) o antes Beirut (1875). En Estados Unidos las universidades católicas tuvieron que nacer también en un ambiente muy diverso al de una "cristiandad" homogénea. El cuadro étnico e ideológico era radicalmente pluralista. Tal es así que de esa situación se ha tomado el concepto hoy vulgarizado de pluralismo, sobre el que volveremos más abajo.

Por consiguiente, pensar neutralizar el pensamiento católico de una uni-

versidad invocando un esquema social pluralista, va contra el concepto mismo de pluralismo, según se gestó históricamente. Se podrá decir que la tendencia secularizante actual tiende a suprimir la antinomia de lo sagrado y profano y considera, por lo tanto, que la mantención de instituciones católicas va contra el espíritu de la época y contra los signos de los tiempos. Antes que nada tal "secularización" está en vías de revisión y el mismo prohombre de la "ciudad secular", Harvey Cox, según expresiones vertidas en su visita a Santiago, ha evolucionado en su pensamiento. Por otro lado, no todo "signo del tiempo" es necesariamente un "signo del Espíritu". En todo caso, la secularización que como proceso histórico es muy antiguo y tiene su origen en una situación política centro-europea, tiene, entre sus aspectos positivos de hoy, la tendencia a relajar ciertas tensiones ideológicas y a buscar una armonización pragmática frente a problemas que de suyo han dejado de ser álgidos. En este sentido, la secularización es el anverso del pluralismo y tiene en éste su raíz como movimiento actual.

La Teología, aunque parezca extraño, le da la razón a esta forma de secularismo pero precisando los términos. La antinomia profano-sagrado, que en su origen mentaba dos espacios físicos separados en el templo, no existe **en rigor** para el pensamiento cristiano. Cristo es la recapitulación y culminación de todo lo creado; su redención es un ofrecimiento a todo hombre de buena voluntad; su espíritu, por su propia dinámica, tiende a informar toda la acción humana, desde la más trivial hasta la más elevada unión mística. Nada queda fuera de su ámbito, todo fue creado por Dios, todo puede servir al hombre para su última autorrealización en el encuentro con Dios.

En esta perspectiva, ningún campo de la ciencia es extraño a la Teología, porque en el centro de toda ciencia está siempre el hombre y este hombre plantea preguntas que buscarán siempre, implícita o explícitamente, consciente o inconscientemente, la trascendencia. En este contexto, la afirmación de Jaspers adquiere toda su pregnancia: la trascendencia es el correlato de la existencia y su cifra es la libertad.

La Universidad Católica, en una época pluralista que busca disminuir los antagonismos y reconocer el derecho universal a pensar y expresarse libremente ha dejado atrás su carácter apologetico y defensivo que en otras épocas se vio obligada a asumir, para integrarse en el diálogo universal de las ciencias y de las culturas. Esa apertura, sin embargo, no tiene por qué significar una renuncia a su inspiración básica, sino al contrario, un deseo de aportar sus más auténticos valores al acervo común de la sociedad moderna. La riqueza del pluralismo consiste precisamente en la afirmación de la propia identidad ideológica para integrarla en el concierto de las tendencias que tienen vigencia en una sociedad abierta hacia dentro y hacia afuera.

14. "La UC se financia en parte con fondos de personas no católicas; luego no se puede imponer una determinada concepción filosófica o religiosa".

En primer lugar, la visión filosófica o religiosa no se **impone**, sino que se **propone**. El universitario chileno es libre de aceptar o no esa visión. El pensamiento vivo tiene el mismo derecho que el pensamiento escrito. Si no fuera así, también habría que sacar de las bibliotecas públicas las obras de pensadores cristianos.

La UC ha realizado una labor académica, con reconocidos logros, durante ya casi un siglo. Con ella ha librado al Estado de una buena parte de su carga docente. El financiamiento de su fundación y mantención fue obra de católicos para una universidad católica. Si el Estado ha subvencionado la UC, es porque reconoce y valora ese aporte y quiere asegurar para el futuro la formación de profesionales e investigadores semejantes a los que hasta hoy se han desempeñado eficientemente en la vida nacional.

La cooperación que le brinda el Estado es en cuanto a universidad y no específicamente en cuanto católica. Si chilenos, por vocación, han elegido el estudio de la Teología o una visión particular del Derecho o de la Moral, el Estado no pretende patrocinar esa determinada visión, sino a los estudiantes que libremente han optado por esa carrera, como lo hace en los demás institutos educacionales.

Por lo demás, si los dineros adquiridos por impuestos no se pudieran utilizar para favorecer una universidad católica, tampoco se podrían haber utilizado los fondos de contribuyentes católicos para financiar una educación no católica. Si fuera así, se podría llegar al absurdo de no aceptar la concepción filosófica de ningún profesor, si está en desacuerdo con personas cuyos aportes se financia en parte la educación. La ciudadanía debe depositar en las autoridades civiles la confianza en el uso equitativo de los ingresos fiscales, y es equitativo subvencionar una institución de alto nivel docente que beneficia a toda la sociedad.

15. "Así como exigimos pluralismo universitario en Moscú, debemos pedir pluralismo universitario en Chile".

La doctrina católica ha objetado en el curso de los tiempos determinadas doctrinas generalmente no por lo que ellas afirmaban, sino por lo que negaban. Marx, en su intuición metafísica primera, reaccionó —como Kierkegaard— contra las exageraciones del Idealismo alemán y proclamó la "vuelta a la realidad". Tal aspiración era sana. Lamentablemente identificó realidad con materia, negando así el mundo de lo espiritual y trascendente y reduciendo la conciencia en último término a la materia. Del monismo idealista cayó en el monismo materialista.

En tal filosofía no tenía cabida la idea ni de Dios, ni de la inmortalidad del alma, ni de redención. Esta es la raíz de la divergencia entre marxismo y cristianismo. Eso no quita que pueda haber puntos de contacto, aspiraciones comunes de superación del hombre y su condición social, pero hay una antropología diversa y una filosofía de la historia no compatible, por lo menos en sus intuiciones matrices.

En lo que toca a las universidades, en países no marxistas los marxistas exigen pluralismo por razones obvias. En los países socialistas de signo exclusivamente marxista, el pluralismo está excluido así como toda crítica al sistema y a sus bases filosóficas.

La UC no impone un pensamiento, sino, como está dicho, lo propone y respeta la libertad de conciencia y de expresión. El pensamiento católico no niega el valor de lo material y la responsabilidad de construir la sociedad terrena. Pero afirma también lo espiritual y trascendente y su íntima referencia mutua con lo material, basándose en una ontología y una Teología que integra ambos mundos. En cuanto a su actitud intelectual, no sólo tolera la crí-

tica a sus posiciones, sino que la estimula, porque esa crítica es la que precisamente le hace avanzar y profundizar en el misterio del hombre, de su historia y de Dios. Lo que podría llamarse intolerancia por parte del pensamiento católico es en buenas cuentas la defensa de una antropología completa, que no cercena la realidad del hombre y la reduce a simples propiedades físico-químicas. Sería un contrasentido defender a toda costa el principio de tolerancia que se funda en una visión espiritual del hombre y al mismo tiempo no defender esa misma visión en aras de un "fair play" con reglas sólo para un lado. La UC admite todas las corrientes de pensamiento, pero propone y propicia uno superior en el que se integran y conjugan los otros. La universidad marxista no tolera más que su único pensamiento.

La objeción que tratamos queda solucionada al menos teóricamente al precisar el concepto de pluralismo, como lo hicimos más arriba. Sería ingenuo renunciar a una postura jurídica, filosófica y teológicamente justificable en virtud de una supuesta impugnación de intolerancia, cuando la alternativa es un monismo ideológico no sólo en las intuiciones filosóficas primeras, sino en la interpretación y manipulación de la realidad contingente e inmediata.

16. "La universidad latinoamericana debe comprometerse con los cambios socio-económicos. El que sea católica o no es irrelevante".

Esta afirmación adolece de superficialidad en el diagnóstico de la situación continental y de una ignorancia de lo que es el pensamiento cristiano acerca de las realidades terrenas. Una verdadera transformación supone valorar y vigorizar al hombre latinoamericano en todas sus dimensiones y a partir de sus valores más altos y más espirituales. No bastan cambios formales de estructuras; no basta satisfacer necesidades de vivienda, alimentación y educación, si estos cambios y esa política no están regidos por un concepto de justicia fundado en la persona humana total, justicia que logra su plena medida en la Caridad, concepto cardinal del Evangelio. Hay sociedades que han logrado la satisfacción de esas necesidades básicas de todos los ciudadanos, pero que fallan en las relaciones básicas humanas, en el sentido de la existencia, en la escala de valores universales, en la convivencia de las personas.

El que las universidades católicas señalen esos otros valores, no significa que resten importancia y urgencia a los primeros, pero quieren además asegurar que las soluciones no sean logros frustrados sino que satisfagan al hombre total.

Si las universidades católicas no aspiran a desarrollar en sus diversos niveles el **ethos** cristiano, si su catolicidad se reduce a un diálogo esporádico y teórico, su misión quedará frustrada. Entonces sí carece de importancia que sea o no católica. La UC, conocedora de las riquezas éticas del Evangelio, intenta, por los conductos de la vida académica, traducir esas mismas riquezas a términos concretos en la vida personal, cultural y social del país y servir así mejor a la sociedad en que ha nacido.

17. "La Teología no es capaz de dar una síntesis del saber".

Esta dificultad tiene mucho peso y toca un punto crítico no sólo de la Teología sino de la universidad en general, según se concibe hoy día. La diver-

sificación de las ciencias, su clasificación prácticamente imposible, la deformación y parcialización de las mentes, la especialización no son más que algunos de los problemas que ha lanzado la tecnología. Y a ellos no escapa la Teología. Aún más, dentro de su mismo ámbito, como mencionábamos arriba, hay tal diversificación, tal multiplicidad de enfoques, tal variedad de métodos, tanta problemática nueva, que es imposible dar una síntesis perfectamente armónica y suficientemente profunda en los cortos años de una carrera universitaria. Pasó la época de las "sumas" medievales y la del hombre universal de Renacimiento. La computadora electrónica ha tenido que venir en auxilio del hombre de hoy. Pero el problema y la necesidad de una síntesis queda.

Las ciencias abordan sectores de la realidad, pero al mismo tiempo no pueden prescindir del contexto total de relaciones en que está insertado el objeto propio de cada ciencia, sin violentarlo, sin omisiones fundamentales o sin poner un tope al preguntar humano. En leyes, por ejemplo, el concepto de justicia se basa en una ética, ésta en una antropología y ésta a su vez exige en última instancia una Teología que le hable del Interlocutor supremo de la conciencia moral. No bastan soluciones pragmáticas o poner simplemente entre paréntesis los últimos problemas del hombre. En un momento dado, las soluciones pragmáticas hacen crisis. Allí es donde aparece la necesidad de un subsuelo filosófico y teológico, de donde surjan las nuevas soluciones, sin que pierda estabilidad la armazón jurídica que ha dado consistencia y articulación a la vida social. Lo que se dice de leyes, vale de la Psicología, de la Medicina, de la Sociología y de muchas otras.

Aunque hoy es casi imposible montar una síntesis del saber, sin embargo las líneas de fuerza, los pilares y los puntos de apoyo que sostienen ese edificio son relativamente fáciles de discernir. Los avances en ningún modo anulan todas las conquistas intelectuales anteriores; si bien la clasificación de las ciencias se hace cada vez más difícil, hay principios permanentes que permiten por lo menos relacionarlas y subordinarlas.

Una formación competente debería integrar el área particular de una ciencia en el mosaico total de la realidad y ese mosaico, aunque meramente esbozado, debe aparecer como algo significativo y coherente. Aquí es donde entra en juego la filosofía para establecer esas relaciones fundamentales y para suministrar los principios ontológicos y epistemológicos para las demás ciencias. La Teología a su vez es la que aporta una información superior acerca del último sentido del devenir humano e histórico. Ella señala el enganche más alto de la ética y el sujeto supremo de la responsabilidad. Ella aporta la inspiración más integradora de la acción humana y abre las perspectivas al diálogo eterno, hacia el que el hombre aspira con toda la gravitación de su ser.

En este contexto, el pluralismo adquiere su más vasta amplitud. Ya no aparece como un arreglo en favor de una convivencia pacífica, pero vacilante en último análisis, por su escepticismo radical frente a la realidad. El pluralismo tiene un gran valor por la riqueza y la multiplicidad de perspectivas para enfocar nuestra realidad inmediata, sobre la que opera y reflexiona a su vez la filosofía y Teología. Estas suministran los controles, las directrices, los canales por donde el pluralismo puede correr sin contradicciones y respetando la dignidad de la persona humana.

Se podrá objetar que esta manera de concebir el pluralismo en el fondo lo anula, por no permitir la coexistencia libre de posiciones radicalmente antagónicas.

En primer término, en medio de todo pluralismo hay siempre una base

amplia de coincidencias. Gente de escasa experiencia o de corta formación no siempre tiene en cuenta esto. En los sistemas filosóficos hay un grueso bloque de verdades común a todos. En el campo teológico, basta un somero contacto con las diversas denominaciones para darse cuenta de que son muchísimas más las tesis en que se coincide que aquellas en las que se difiere.

Todas estas posibilidades de congruencia revelan que es posible encontrar criterios objetivos más profundos para armonizar aun el más abigarrado pluralismo. Por otra parte, la historia de las corrientes del pensamiento, de las que se nutre el pluralismo, muestra que siempre han existido "escuelas" o puntos de concentración y cristalización científico y cultural, donde un determinado pensamiento ha sido elaborado en forma exhaustiva a lo largo de muchos años. Así se habla de la "escuela de Viena", "escuela de Baden", "escuela de Oxford", etc. Estos centros de intensificación espiritual son necesarios, si no queremos que el pluralismo sea un mero caleidoscopio de opiniones o consignas atomizantes. El supermercado no puede ser el arquetipo para la universidad. Hay otros conductos para hacer llegar a la opinión pública un pensamiento por terceros y dosificado al por menor.

18. "La Teología da una formación alienante, desligada de los problemas temporales".

La universidad latinoamericana debe salvar dos escollos: constituirse en un organismo absoluto de reflexión no integrado en su mundo, no enriqueciéndolo, no respondiendo a sus requerimientos, no criticando constructivamente sus rumbos. Por otro lado, no puede desbocarse en una carrera inmediatista hacia la acción, que sea en el fondo una huida del trabajo serio y continuado y una jugarreta con apariencias de compromiso.

Hoy debemos defendernos de la tentación de buscar soluciones improvisadas en una búsqueda frenética de realizaciones baratas. Ellas no duran; entorpecen las medidas realmente eficaces y definitivas, que tarde o temprano habrá que tomar, duplicando muchas veces energías y costos. El diagnóstico serio requiere estudio previo, riqueza de información, amplitud de miras, experimentación controlada y tranquilidad creadora.

Por otra parte, la universidad no puede asumir la tarea de aquellas instituciones directamente ordenadas a la ejecución de planes concretos. Estas requieren personal ya adiestrado y dedicación completa. Los alumnos por lo general carecen de la preparación necesaria y los profesores no pueden dedicarse seriamente a otras cosas, sin comprometer su eficacia académica. El trabajo práctico, las salidas a terreno, la motivación encontrada en la demanda directa de lo concreto son indispensables, pero tienen que estar siempre subordinadas al rendimiento total del estudio. En caso contrario, los mismos alumnos notan al poco tiempo lo mal pertrechados que quedan y culparán a los que no los previnieron contra tal superficialidad. El mismo país pierde al no poder contar más adelante con profesionales adecuadamente formados.

El término "alienación" tiene hoy día para muchos un carácter mágico, aunque sea un concepto de fines del siglo XVIII. No es el caso discutir aquí su origen y sus aplicaciones primarias. Lo impropio está en su universalización indiscriminada. De hecho, todo crecimiento es por "alienación". El mismo aprendizaje de una lengua es introducirse en un mundo conceptual y vivencial ajeno, recibir ideas prestadas. Lo crítico no está en esto, sino en que el

hombre sea capaz de dar el paso ulterior y reproducir espontánea y creadoramente lo recibido, una vez que lo ha asimilado.

Aplicado esto a la Teología y a su inspiración e integración de todos los saberes, podemos llamarla alienante cuando uno no es capaz de recrearla personalmente y refundirla en la cada vez nueva situación y experiencia que se presente. En tal caso, la culpa no estaría en la Teología, sino en el sujeto impedido por otras razones o dificultades para dar ese paso ulterior y personal.

La reflexión teológica no es un mero aditamento, no es una evasión de la inteligencia; es una información con la que se puede interpretar la conducta humana "sub specie aeternitatis", a la luz de la eternidad. Si se quiere, por ejemplo, plantear una ética del trabajo, no basta con entusiasmarse con la idea; hay que fundamentarla en una visión completa de la persona humana, de su lugar en el mundo y en la sociedad, de las normas últimas a que debe atenerse y de la finalidad trascendente intrínseca a la acción humana.

En consecuencia, la Teología será "alienante" si al término de su estudio progresivo y ordenado no se ha logrado vislumbrar lo dicho anteriormente. En tal caso, la culpa no será de la disciplina en sí, sino de su forma concreta de docencia. Para rectificarla existen los mecanismos académicos. Con todo, antes de entrar en modificaciones substanciales, hay que asegurarse si las tales impugnaciones contra la Teología no son más que proyecciones y transferencias de otros problemas personales que buscan en la Teología una coartada.

19. **"La autoridad vertical suprime toda forma de crítica radical y ahoga la dialéctica de la creación cultural".**

Aun dentro de los ideales más democráticos de universidad, la democracia no puede ser sino representativa. El voto individual es por lo general un apoyo, un acto de confianza en una política, en planes, en un régimen pensado y elaborado necesariamente por pocos y ejecutable también por pocos. Es la única forma operante. En estas condiciones, el margen que queda para la crítica y para la participación directa en las decisiones es relativamente pequeño. La urgencia de las decisiones, la unidad de planificación, la organicidad de las funciones y la visión panorámica de las cosas no puede estar en las manos de todos por igual ni tampoco puede estar sometida a constantes e interminables consultas y revisiones. Para algunos, esto será un "ahogo de la dialéctica creadora, pero hay que aceptarlo para que la universidad camine.

En lo que toca a la autoridad "vertical" religiosa, cabe decir lo siguiente: dentro de la concepción católica, la autoridad tiene siempre un carácter subsidiario, es decir, le compete ejecutar todo aquello que el individuo o grupos pequeños por sí mismos no pueden ejecutar o conseguir. Hay además muchos factores que pueden ahogar la dialéctica creadora, como una autoridad incompetente, la precariedad de medios, una imposición doctrinaria de cualquiera especie, la mediocridad de las personas. Es injusto por lo tanto cargarle exclusivamente a la Iglesia este riesgo.

La autoridad de la Iglesia, considerada teológicamente, es **misión** y no concentración de poder. Su misión es enseñar y santificar; servir y no dominar. La Verdad divina y la gracia santificante no se pueden imponer, sino que se reciben libre y generosamente por la obra del mismo Espíritu Santo. La Iglesia es la primera en saber esto. En el cumplimiento de esa misión transmitida por Jesucristo, portador a su vez de la misión del Padre, procura man-

tener la autenticidad del mensaje encomendado y crear las condiciones para que la Verdad revelada sea bien recibida por los hombres.

Las limitaciones que se le pueden achacar, son las limitaciones que le impone la verdad misma, en este caso la Verdad revelada. La verdad no limita, sino que libera.

Crear que la Fe es un obstáculo para la creación es desconocer la historia cultural de occidente. De Boecio a Hegel, de San Agustín a Kierkegaard, de Santo Tomás a Kant, en todos ellos es central la preocupación teológica. La creación artística y literaria huelga mencionarla.

Creemos que las dificultades a la catolicidad recogidas en algunos corrillos universitarios pueden servir como un verdadero estímulo para tomar conciencia de lo que debemos vivir. La catolicidad no es un mero título: es una responsabilidad. Es un valor que es preciso reformular periódicamente. Esa reformulación depende, sin embargo, de un esclarecimiento de aquellos tres interrogantes señalados al comienzo: la nueva universidad, la nueva Eclesiología, la nueva sociedad; trabajo aun inacabado y que debe realizarse con serenidad, sabiduría y objetividad.